

MOTIVACIONES SOCIOLOGICAS DEL VIAJE TURISTICO

Por J. A. CASTRO FARIÑAS *

Es opinión generalmente admitida por los estudiosos de la Sociología del Turismo, la de que el hecho turístico es un hecho motivado, porque si las personas se desplazan es «por algo». Es decir, que ese «algo» es una motivación que crea el impulso necesario para el desplazamiento, el viaje. Este —el viaje— considerado «per se», o sea, por el sólo hecho de movernos, es algo un tanto anacrónico. El desplazamiento es, o ha de ser, siempre un hecho «funcional».

En efecto, la manifestación de la voluntad individual —en que, esencialmente, consiste el «acto» turístico— presupone algún *motivo* o *causa* y se propone alcanzar algún *fin*. Ambos elementos, el motivo y el fin, son esenciales a todo acto de voluntad. Y como, en el orden sociológico, ambas ideas están —hasta un cierto punto— entremezcladas e identificadas, dado que la representación o consideración del fin opera como *causa*, al determinar al hombre a hacer «algo» —ya tenemos aquí, otra vez, la palabrita— ha arraigado en la terminología al uso el empleo de la palabra *causa*, aunque haya autores que entiendan —no sin algo de razón— que sería preferible, para la claridad de las ideas, sustituir la expresión *causa* por la de *fin*.

La trascendencia que esta noción de fin puede tener en todos los órdenes de la actividad humana y, consecuentemente, en la teoría sociológica del turismo, está fuera de duda. Buena prueba de ello es que en todos los sistemas analíticos entra en juego el fin perseguido por las manifestaciones volitivas humanas.

No obstante, los *motivos* y *fin*es de un acto voluntario, de una manifestación de voluntad, pueden ser muy variados, pues hay fines próximos y fines remotos, fines subjetivos —o individuales— al lado de fines objetivos —o sociales—, etc. ... Por otra parte, no es igual la influencia de tales fines en toda clase de manifestaciones de voluntad. Y todo ello, unido a razones históricas, hace que, aun cuando haya un pensamiento fijo en la teoría de la *causa* —el de que ésta es el motivo, o fin, que se incorpora a una manifestación *efectiva* de voluntad— sea dicha teoría, en su concreción y desenvolvimiento, una de las más confusas de nuestros días. Y la discrepancia se pone ya de manifiesto en lo que atañe al ámbito de la teoría. Por eso, nos vamos a permitir un breve análisis de tipo socio-filosófico sobre tal causa, aunque advirtiendo, de antemano, que sólo pretendemos tal cosa a efectos del fin concordado por el título de esta expresión: la motivación del viaje turístico.

* Técnico de Información y Turismo.

Para Aristóteles y la filosofía escolástica, se denomina causa todo principio del ser, del cual depende, realmente y de alguna manera, la existencia de un ente contingente; el influjo de la causa es, pues, la razón de ser de lo causado, pero no cabe afirmar, por modo inverso, que toda razón de ser denota una clase de causalidad, pues la relación razón-consecuencia puede existir con identidad efectiva y, por lo tanto, sin dependencia ontológica real, mientras que causa y causado nunca son plenamente idénticos, precisamente porque entre ellos existe una relación real de dependencia. La influencia real sobre lo causado distingue, también, la causa de la «condición necesaria», la cual es indispensable para la producción de un ente —porque, por ejemplo, la causa no puede actuar sin ella—, pero no influye sobre lo causado —por ejemplo, la luz es condición necesaria, pero no causa de la acción de escribir—. Y, con mayor razón, no es causa una «ocasión» no necesaria —circunstancia que «facilita» la acción causal—, considerada en cuanto tal.

Según que una causa pase —o no pase— a formar parte de lo causado como principio estructural interno, se distinguen *causas intrínsecas* y *causas extrínsecas*. Causas intrínsecas de todos los cuerpos son, según el hilemorfismo, la *materia* y la *forma*, que constituyen el ente total del cuerpo por su comunicación recíproca: la materia, recibiendo y sustentando la forma; ésta, determinando a la materia y confiriendo así al todo su sello específico. Causa extrínseca es, en primer lugar, la *causa eficiente* —o causa «strictu sensu»—, la cual, por situación, produce un ente —entendiéndolo por ente, según la definición romana clásica: «quidquid est aut cogitatur»— que, en cuanto producido, recibe el nombre de *efecto*.

Según el *principio de finalidad* —a que antes aludimos en términos generales—, toda acción está determinada, en último término, por un *fin* cuyo valor conocido, y querido, atrae a la causa eficiente o es propuesto por el creador a su acción naturalmente necesaria. Por eso el fin, considerado como aquéllo por cuyo *motivo* un ente existe, es también causa extrínseca de éste.

La validez real del concepto de causa eficiente tiene firmes cimientos en la conciencia; en ésta nos experimentamos a nosotros mismos —particularmente en las «vivencias volitivas», o manifestaciones de voluntad— como productores de nuestros actos.

Por eso creemos que la «causalidad» —o, si se quiere, la «motivación»— significa el influjo de la causa sobre su efecto y, también, la relación fundada en dicho influjo. De ordinario se entiende por causalidad el nexo causal eficiente; así sucede cuando se contraponen causalidad a finalidad. Pero, además, el término causalidad puede denotar la *regularidad* con que el afecto depende de una causa.

En virtud de lo expuesto, podemos definir el *principio de causalidad* diciendo que «todo ente contingente es causado». Entendiendo, aquí, por «ente» como «realmente existente», y «causado» por «originado», producido por una causa eficiente. El principio dice, pues, que un ente, indiferente por su esencia para ser o no ser, es un ente dependiente; que tal ente debe su *ser* a la acción de otro —de la causa, precisamente—, siendo, por tanto, *hecho*. La causa puede ser considerada como *causa suficiente*, únicamente en el caso de que posea una perfección ontológica igual, al menos, a la del efecto que por ella debe explicarse.

(Aclaremos que el concepto de *contingente*, que incluimos en la definición del principio, expresa de suyo, únicamente, la posibilidad pero no la realidad de su existencia.)

Pues bien, entrando de lleno en el tema, cabe que nos preguntemos ¿cuáles son las causas del acto turístico? Para contestar, adecuadamente este interrogante hemos de hacer una distinción entre algunos tipos de ellas. En primer lugar, las que calificaremos como *determinantes* (o suficientes), y que, según nuestro modesto entender, se pueden resumir, a grandes rasgos, en tres grupos:

1.º *El deseo de evasión* de las servidumbres —de todo orden— que la actual estructura societaria impone al hombre.

2.º La facilidad de disposición de *mayor tiempo libre*, consecuencia tanto de los modernos adelantos técnicos cuanto de la reglamentación de la vida laboral del hombre.

3.º *La evaluación del nivel de vida* —consecuencia inmediata de la anterior— que facilita la posibilidad del viaje y el acceso a medios distintos a aquéllos en que, generalmente, se desarrollan los ciclos vitales del hombre.

Vamos, ahora, a analizar por separado cada uno de estos grupos. Así tenemos:

El deseo de evasión

Causa primigenia. Por eso no es por puro azar que lo incluyamos en este primer lugar. El hombre, inserto hoy en eso que hemos dado en llamar la «sociedad industrializada», siente, ante todo, un enorme e indestructible deseo de libertad, de poder escapar, siquiera sea temporalmente, a la acción de una serie de factores que normativizan —valga la palabra— su vida toda.

En efecto, hoy oímos —y leemos— por todas partes cosas como las siguientes: «la libertad se halla en crisis»; «la sociedad de masas impide la libertad», etc..., para indicar con ello una situación conflictiva del principio general de libertad y, sobre todo, del concepto crociano de «la religión de la libertad», correspondiente a la época victoriana inglesa y a la «belle époque» europea en general.

Ocurre que, en épocas normales, la libertad es una facultad sujeta a discusión y que es base de una acción: se obra de una manera o de otra; se escoge esto o aquello. Sin embargo, en esta especie de «Edad Media» en que estamos viviendo, es imprescindible escoger primero la facultad de escoger. Esto, que parece un tanto extraño a primera vista, es lo que vino a querer explicar el título de una obra que, en su día, constituyó un gran éxito editorial: «Yo escogí la libertad». Pero, incluso, esta facultad de escoger conoce una gran serie de restricciones, pues en lugar de ejercitar tal facultad el hombre mismo, es decir, de elegir él por sí y ante sí, lo hace en su lugar una autoridad anónima y descentralizada. Veámoslo:

El hombre no es ya libre en su actividad económica. El Estado, que se proyecta ya, pesadamente, sobre las funciones del médico, del educador y hasta del director de conciencias, se hace también industrial, comer-

ciante, asegurador. La condición proletaria —si se entiende por esta palabra la ausencia de decisión y la necesidad de someterse a un poder exterior para eludir un riesgo— va extendiéndose a todos los individuos y a todos los estamentos sociales.

Tampoco es ya libre en su espíritu, pues la permanente acción de los «slogans» de una obsesionante —a la par que agresiva— propaganda, y la escuela única mediatizan, cada vez más, la espontánea manifestación de cualesquiera sentimientos y pensamientos.

Ni es libre en su actuación política. Hoy no nos es dado elegir entre hombres que representarían nuestras aspiraciones a intereses concretos, sino entre programas abstractos, salidos de partidos monopolíticos, que llevan en sí el germen del Estado totalitario y que exigen una adhesión y un enrolamiento incondicionales.

Y, por último, tampoco es libre en su cuerpo. No. No se extrañen ustedes de esta afirmación, pues van a ver, en seguida, su «por qué»: las trabas que pesan sobre la circulación, las vacunaciones obligatorias, el servicio militar, y otras más, hacen del «Habeas Corpus» de los antiguos jurisconsultos una noción cada vez más perdida en las brumas de lo pretérito.

Por eso, una personalidad tan poco dudosa como Gustave Thibon, nos ha dicho que «la era de los organizadores y de los tecnócratas ha comenzado: la persona humana, privada de toda relación viva, no es más que un miembro de un organismo, una redcilla en una máquina, una cifra en una estadística. Es el esclavo aislado en medio de la muchedumbre de los esclavos, la 'multiplicación de los solos', que anunciaba Paul Valéry».

Ante esto, ¿qué duda puede haber sobre el hecho de que el hombre de hoy sienta un enorme deseo —hecho necesidad primaria, es decir, vital— de escapar a tal sujeción y poder presentarse a sí mismo la posibilidad de elegir «algo», un «algo» en el que su yo pueda ser dueño y señor, legislador de su propio y libre albedrío?

El problema no es de hoy, sin embargo. Ya Santo Tomás de Aquino habló, en su tiempo, de la «recreatio». Según nos dejó dicho, la actividad abstracta, sin conexión alguna con los sentidos, origina forzosamente el can-

sancio. Y, mientras la fatiga puramente personal, física, se suprime con el simple descanso, éste no basta para reponerse de una actividad intelectual. Por eso mismo dijo el doctor Angélico que «el alma descansa en la diversión placentera». Con ello se elimina la «intensio», la «tensión». Aquella diversión placentera es el «Gaudium» —el «gozo», el «ocio cum dignitate»—. Es interesante, a estos efectos, recordar la censura que hizo Santo Tomás de los «solitarios» y los «malhumorados», porque eluden una de las notas características del carácter social del hombre: la alegría de vivir.

En virtud de todo lo expuesto, se comprende fácilmente que el hombre de esta segunda mitad del siglo XX busque —y prefiera— la vida fácil, que rehuya enfrentarse con cualquier problema que su vida cotidiana pueda plantearle. Busca *evadirse*, y para ello ha de asirse al medio que le proporcione más facilidad y mayor garantía de evasión. Por ello, el esparcimiento es como un modo de «imperativo categórico» del humanismo contemporáneo. De ahí que, Dumazedier —el más calificado sociólogo del ocio— haya llegado a la conclusión de que el turismo ocupa un lugar privilegiado, es la más relevante y palpable manifestación de esta necesidad de evasión.

Pero hay más. Este deseo de evasión es connatural con el hecho mismo del turismo. Por ello, De Meyer, autor de la definición de turismo premiada en el concurso que al efecto convocó la Academia Internacional de Turismo, nos dice que «es el conjunto de los desplazamientos humanos y de las actividades que resultan provocadas por la exteriorización y la realización del *deseo de evasión* que, en grado diverso, está latente en cada individuo». O sea, que el turismo implica una iniciativa voluntaria del hombre, con fondo motivado, y estrechamente ligada a los avatares a que la personalidad humana misma se halla sujeta.

El ansia de libertad —cuyo equivalente es el deseo de evasión— y su realización por medio del viaje turístico implica, entre otras cosas, una toma de conciencia, y esta toma de conciencia del individuo, sobre sí mismo y sobre el ámbito comunitario en que desarrolla su actividad, trae aparejada una reafirmación de su personalidad espiritual.

La facilidad de disposición de mayor tiempo libre

Antes que nada, he de llamar la atención sobre el empleo de la expresión «tiempo libre». Ocurre que la mayor parte de las voces que se aplican para denominar el período de tiempo que el hombre no consagra al trabajo son, más o menos, equívocas y, además, su sentido evoluciona según las diferentes etapas que jalonan la historia de los grupos sociales. Así, por ejemplo, «el reposo del guerrero» no es lo mismo que se entiende por reposo en otra acepción de la palabra. De ahí que resulte difícil precisar lo que se entiende por diversión, distracción o «loisir» (en francés).

El mundo de habla hispana no ha conseguido, hasta ahora, encontrar o crear un término lingüístico que exprese la riqueza y variedad de significados del francés «loisir». Esta «ausencia» puede conducirnos a fáciles y sugestivas interpretaciones sobre el modo cómo en nuestros países se ha venido entendiendo y, a la vez, la significación y el alcance que, entre nosotros, tiene el problema de lo que —en deficiente traducción— hay que denominar «tiempo libre», correspondiente al término germano «freizeit».

Los estudiosos franceses del «loisir» han establecido que la etimología de la palabra, a través de los tiempos, se remonta al latín «licet», del verbo impersonal «licere», que equivale a nuestro castellano «ser lícito», «ser posible», «estar permitido». El «loisir» posee, «ab initio», una fuerza de creación, de afirmación y de construcción nada desdénables.

Esto es, exactamente, lo contrario de lo que implica otro término latino —del que, inicialmente, se creyó procedía el «loisir»— y es el «otium», ocio en castellano, que equivale a «descanso», «ociosidad». En la lengua gala, recogiendo las derivaciones de «otium», se crearon las voces «oisivité», «oisif» y de ahí que, en ciertos momentos se llegase a estimar que la «L» inicial de «loisir» se había introducido en un escalón intermedio en el largo recorrido de la evolución idiomática. Actualmente, se ha concluido que el término original es «licet» y aquí reside la fuente de origen indiscutible de «loisir».

Este aparente «divertimiento» lingüístico

tiene su importancia y, además, es de un significado extraordinario. El idioma castellano, que recoge la derivación de «otium» dando «ocio» y «ociosidad», desconoce, en cambio, el «licet» en el sentido y con la fuerza de la expresión francesa «loisir». Los ingleses, en cambio, con ese su sentido pragmático de las cosas, ante la carencia de una voz autóctona, transformaron el francés «loisir» en un sajón «leisure», con el mismo significado. Entre «licet» y «otium», entre «loisir» y «oisivité», hay una diferencia fundamentalmente esencial. El empleo en castellano de la voz «ocio» implica un grave desacuerdo porque nuestro término es el más negativo de los dos. Esto pretende corregirse con la expresión latina «otium cum dignitate», pero resulta un tanto complicado su desarrollo conceptual y de contenido.

La explicación que los diccionarios galos dan de «loisir», aunque *parecida* a la de nuestro ocio, es mucho más completa y precisa: «Tiempo disponible, fuera de las ocupaciones ordinarias»; «Libre disposición del tiempo»; «Tiempo del que se dispone para hacer algo».

La expresión «tiempo libre» que nos vemos precisados a emplear tiene un significado estático, quieto, hasta pasivo, y en esto se aparta, profundamente, de la idea de «loisir», como algo abierto, algo que está en movimiento, que presenta una invitación a la vida y a la actividad, al desarrollo del ingenio, del espíritu humano. Sin embargo, «tiempo libre» no encierra el sentido negativo, peyorativo, de «ocio» y, por lo tanto, hemos de tomarlo como un mal menor, como un paso hacia adelante en orden al mejor enfoque de los problemas y de las cuestiones con él relacionadas.

En primer lugar, el «loisir» parece implicar la libertad de elegir lo que se quiere —o no se quiere— hacer. Puede ser que, incluso, hubiera que arriesgar algo más el tipo y hablar de «tiempo superfluo», es decir, el tiempo que no es necesario ni para ganarse la vida, ni para ocuparse de problemas cívicos o religiosos, ni, incluso, para participar —de la manera que sea— en la vida familiar o social. Este tiempo superfluo es el lujo, no del pobre, sino de quien equilibra su presupuesto de manera tal que no sienta una inquietud

inmediata en relación con su propia existencia o la de su hogar familiar. El «loisir» ha venido a ser, así, como un espacio de tiempo que no reporta absolutamente nada de tipo inmediato —al menos en una primera consideración—, aunque, eventualmente, pudiera emplearse para reportar algo («trabajo negro» educación de niños, etc...) y que queda disponible para un «cualquier cosa» absolutamente informal. Este «cualquier cosa» es, en efecto, talmente inefable que muchos miembros de nuestro «corpus» social lo ignoran y se sienten perdidos cuando no tienen algo que hacer. Hasta se siente objeto de un sentimiento de culpabilidad debido a una confusión entre el trabajo —que se considera como una obligación de carácter moral, religiosa o social— y la liberación de toda obligación moral —o material— que es, en definitiva, el incentivo bastante para una nueva definición del «loisir».

Sólo en nuestros días el «loisir» ha llegado a tener existencia «oficial», considerándosele como un progreso social. En Roma, el «otium» era el «loisir» fundado, particularmente, sobre la cultura del espíritu: el «otium cum dignitate» —el reposo honorable— era el ideal del romano que había abandonado la vida pública. De la antigüedad del siglo XX, solamente grupos privilegiados conocieron el «loisir» patricios, «Señores», ociosos románticos —para los cuales el «loisir» estaba muy próximo al aburrimiento y a la reflexión mórbida—. Esta exclusividad ha cesado en nuestro tiempo, subsistiendo en el «loisir», tan solo, diferencias de naturaleza y valor, que dependen de la educación, de la riqueza, de las tendencias de cada individuo y del género de su trabajo habitual. Esto se debe a que se sigue definiendo al loisir en relación con el trabajo; consecuencia, tal vez, de la idea aristotélica sobre el particular, al decir que «vivimos neo-ociosos —trabajamos—, para poder tener ocio», pero precisado que el «loisir» había que distinguirlo tanto del trabajo cuanto de la simple diversión.

Un «político», un obrero, o un estudiante pueden estimar que el «loisir» es algo así como una cura de desintoxicación mental, una «chupuza» o el estudio libresco de las teorías de Einstein; una recuperación, un agradable y útil pasatiempos o «una sed». El sentido del

«loisir» ha evolucionado con el tiempo, varía en el espacio y con cada medio.

Pero queda sin resolver un problema crucial, el cual, una vez resuelto, otorgaría al «loisir» todo su valor. Nos referimos al problema de la *seguridad*. En efecto, ¿puede sentirse afectado por el «loisir» un hombre hambriento, que no se siente *seguro* y sobre el cual se halla suspendido todo un permanente arsenal de espadas de Damocles? ¿O un hombre fatigado por su jornada o por toda una semana de trabajo? Hay un hecho cierto: la confusión de los «loisirs» en los sentidos jurídico y psicológico de la palabra. Esta confusión se deriva, tal vez, de lo siguiente: hay una hendidura entre el progreso técnico, que trastueca la noción tradicional de libertad y una manera de pensar «en vaso cerrado» que permanece anclada en las normas familiares y sociales del «abuelito». Ha pasado el tiempo *del individuo* y llega *el de la persona* (salido de profundidades arcaicas). Si el trabajo de «aprieta un botón» y en serie no ha logrado dignificar al hombre, si está presto a tomar el relevo: hará de un individuo una persona.

¿Es preciso definir el «loisir» por el tiempo que favorece la libertad en la actividad individual? No olvidemos al respecto que los «loisirs» «de masas» se imponen cada vez más y que, todavía, la ilusión de libertad sigue contando más que ninguna otra cosa. Y, por otra parte, ¿qué podría significar una libertad total en el tiempo al margen del trabajo? La disyuntiva se plantea en los siguientes términos: o los hombres son totalmente libres y la humanidad puede tomarlo todo, incluso el retorno a la animalidad; o el «loisir» está perfectamente organizado —nada se ha dejado al azar en su ejercicio—. Pero, entonces, los hombres no son libres.

Por eso es un error el definir al «loisir» como la antinomia del trabajo, aunque el «corte» oficial de nuestro tiempo esté fundado sobre esta base. Nos encontramos, aquí, con una forma de pensamiento «por oposición», y no «por dialéctica», en la que el corte entre emisor y receptor es otra expresión. En los dos casos, se resuelven más fácilmente los problemas, considerando no los dos términos opuestos —trabajo/«loisir»—, sino sus relaciones.

En el contexto de la evolución social que

se lleva a cabo, y acelera, ante nuestros ojos, los «loisirs» dejan de ser, cada vez más, lujo. Esto significa que no son ya un privilegio de clase. De hecho, y si se parte de una base de enjuiciamiento cuantitativo, nos hallamos en trance de presenciar una inversión: son los grandes patronos, los industriales, los hombres que ocupan cargos de alta responsabilidad, quienes no tienen ya tiempo de «desunirse», mientras que los pequeños asalariados ven aumentar su proporción de vacaciones anuales y descansos semanales. La jerarquía social se manifiesta, ante todo, en el orden cualitativo, es decir, en la elección de distracciones.

Para Dumazedier, las tres funciones principales del «loisir» son, el *descanso* —que libera de la fatiga—, la *diversión* —que libera del aburrimiento—, y el *desarrollo personal* —que libera de los límites que imponen el medio social, el ambiente cultural y la especialización técnica.

Estas tres funciones no se dan por separado, sino que se entremezclan e interfieren entre sí, apareciendo en todas las situaciones, pero con fuerza mayor o menor, como una necesidad o un deseo, en todos los hombres.

Nosotros creemos que el turismo es, sin duda, la forma más completa y acabada de «loisir», pues reúne las características esenciales de las tres funciones del mismo. El viaje descansa y divierte y, al mismo tiempo, contribuye en gran manera al desarrollo personal por medio de la interacción entre hombres pertenecientes a ambientes y realidades concebidas sobre bases distintas.

La elevación del nivel de vida

A medida que se acentúa el desarrollo económico, crecen proporcionalmente las necesidades del hombre. Así, junto a las que podríamos denominar necesidades «primarias» y que son aquellas que corresponden al individuo como ser humano y son esencialmente, universales al formar parte integrante de las que, a modo de requisito «sine qua nom», que precisan para que el hombre pueda completar su ciclo vital, existen ahora otras, más contingentes y cuya extensión se halla en función de un amplio grado de variabilidad potencial, comprimido o ensanchado en

virtud de otras variables, correspondientes a coyunturas sociales concretas.

Esto implica el tener que admitir que el concepto de «necesidad» posee un alto grado de elasticidad, y ello, precisamente, porque una vez cubierto el mínimo preciso de necesidades para el, digamos, normal desenvolvimiento humano, éstas pueden ser mayores o menores según el marco limitador de la actividad del individuo como miembro de un grupo o cuerpo social determinado.

El turismo, al convertirse —por reunir ya los requisitos necesarios para ello— en fenómeno social se nos muestra como producto de una necesidad cuyo origen se halla, precisamente, en las características del contorno societario actual, pero que, justamente en virtud de dichas características, es ya tan imprescindible como si de algunas de las primarias se tratase. Por ello es que, al igual que las demás necesidades creadas por el elevado índice de desarrollo económico social, alcanza, progresivamente, a los más diversos estratos sociales, obligando a que se arbitren los medios precisos para su satisfacción, y ello aun a trueque de que se cambien las manifestaciones externas del hecho social que las motiva.

Pues bien, junto a las «causas determinantes» del viaje turístico —y que acabamos de ver—, existen una serie de factores o «con-causas» *influyentes*; o sea, que utilizando la terminología dorsiana tenemos una categoría: la causa, y una anécdota: los factores. La categoría es el impulso inicial, el origen espiritual de la sed de viajar; la anécdota, la serie de elementos de atracción que ofrece cada país y nos hace decidirnos por uno u otro. Por eso podemos decir que el turismo es un fenómeno estructural condicionado por una serie de factores geográfico-naturales, culturales y socio-económicos.

Así, en el primer aspecto, nos encontramos con el hecho de que durante miles de años el hombre sostuvo con la naturaleza relaciones que podrían calificarse como de estrictamente utilitarias. La supervivencia de la raza humana, y su desarrollo, se basan en un modo de «contrato de uso» —y, a veces, de abuso—, por el que el hombre fue dominando a las fuerzas naturales, las aprovechó, las transformó y las hizo entrar en

un orden de cosas cada vez más complicado y más perfecto. El trabajo, la utilidad y, mucho más adelante, la riqueza, son los instrumentos y las consecuencias de la relación hombre-tierra, el cual domina, desde sus comienzos, la historia de la humanidad.

Sin embargo, en ciertos niveles de progreso —y en varias épocas, destacando, sobre todo, nuestro tiempo— algunos hombres, algunos estamentos sociales, han conseguido establecer con la Naturaleza lo que Defert denomina «un nuevo contrato», a la vez resultante y expresión de unas nuevas demandas, de unas exigencias originales del hombre. En otras palabras: se busca en la Naturaleza el placer, el reposo, la tranquilidad..., es decir, un conjunto de bienes de carácter refinado: *placer físico*: del «farniente» en la playa, exaltación de una carrera en la nieve, etcétera, *placer estético*: por ejemplo, en la contemplación de un amanecer o de un panorama; *satisfacción de amateur*, buscando, y estableciendo, el catálogo de la flora o de la fauna local, etc. Todo ello, que constituye el telón de fondo de las vacaciones, no es otra cosa que una muy original manera de disfrutar de los dones de la madre naturaleza.

Utilizando términos jurídicos diremos que el hombre es un usufructuario de aquellos dones: usa de ellos, pero sin tener derecho alguno para destruirlos. El goce, el disfrute turístico, se basa en la necesidad y en la conveniencia de que la oferta de *satisfacciones* y de *sugestiones* que la Naturaleza encierra, permanezcan inalterables y, aún más, se enriquezcan mediante trabajos o esfuerzos singulares. Para el turista, los bosques, las plantas, los ríos, los volcanes, las playas, las montañas, etc., vuelven a recubrirse de un carácter, hasta cierto punto, sagrado, por lo que deben ser vigilados, cuidados, ordenados y protegidos, para que puedan seguir cumpliendo su función de atraer.

En el segundo aspecto, nos encontramos con otro gran nombre: la Civilización —sí, con mayúscula inicial—, producto de la aplicación de técnicas ideadas por el hombre.

Con el transcurrir de los tiempos —años, siglos, épocas y eras—, a lo largo y a lo ancho de nuestro Mundo, pueblos diversos han dejado huellas permanentes (casi estoy

tentado a decir perennes) de su paso por él. Los monumentos, ruinas, restauraciones, etc., aparecen hoy como objeto de estudio, curiosidad contemplación o deleite.

Siguiendo el lento curso de los siglos, estas obras materiales, objetos, piedras o libros, componen lo que hemos dado en llamar la «historia viva» y ejemplar de una humanidad que progresa —y, a veces, también retrocede— tratando de alcanzar niveles más elevados de cultura y de formas sociales. Es éste un caudal extraordinariamente rico en ejemplos, enseñanzas, antecedentes y sugerencias, cuya contemplación «in situ» no podía quedar al margen del fenómeno turístico, pues si hoy son historia, también son energética para el futuro.

No entramos en el análisis del *tercer aspecto* por estimar que el mismo ha quedado expuesto en la primera parte de nuestro trabajo.

Sin embargo, no queremos terminar sin poner de manifiesto el carácter de «*primun inter pares*» de que goza hoy el primer aspecto. Sobre todo, por la traslación del centro de gravedad del Turismo. Nos explicaremos. El turismo de los «años treinta» era el turismo de los balnearios de Centroeuropa; hoy, de aquellos balnearios —donde, aparte la cura de aguas, se cultivaba, con gran fruición, eso que los ingleses denominan «spleen» y que, para nosotros es algo así como una «confortable hipocondria»— apenas quedan débiles supervivencias, alimentadas solamente por el cliente que acude a ellos por estrictos motivos de salud. Por ello, y dado que el turismo de masas busca, ante todo, naturaleza, sol, aire, clima templado

y seguro, nada tiene de extraño que el mayor contingente turístico se vuelque hacia los países mediterráneos, disminuyendo, de manera notable, en Centroeuropa y quedando casi olvidados los lugares que fueron su centro culminante en el siglo XIX y primera mitad del XX.

Algún conocido autor sigue un criterio distinto al expuesto y clasifica las causas en *subjetivas* —o necesidades turísticas—, entre las que incluye las religiosas, terapéuticas, de reposo y descanso, deportivas, culturales y de diversión; y *objetivas* —o bienes turísticos—, que comprenden los lugares, monumentos y manifestaciones religiosas, las aguas mineromedicinales, el clima, las bellezas y lugares naturales, los lugares y sitios deportivos, las bellezas monumentales y artísticas, los lugares históricos, etc.

Como se ve en este caso, confunde causa con necesidad y factores con bienes. Nosotros respetamos siempre la opinión y el criterio ajenos, pero ello no obsta para que discrepemos de su desordenado casuismo. Entendemos es preferible, siempre, ofrecer las grandes líneas de la cuestión y dejar, luego, a cada uno la posibilidad de llevar a cabo las agrupaciones convenientes para el fin concordado de que se trate. En definitiva, podemos decir que, en punto a motivaciones del viaje turístico, el mundo visto como naturaleza o como civilización se organiza y se ofrece por entero a la imaginación, al afán de descanso o de diversiones placenteras, a la búsqueda intelectual, a las pretensiones de contactos humanos y sociales de los hombres de hoy, sin limitación alguna.

R E S U M E

J. A. CASTRO FARIÑAS: *Motivations sociologiques du voyage touristique.*

C'est une opinion généralement admise que le fait touristique est un fait motivé. La «motivation» ou, si l'on veut, la «causalité» signifie l'influence de la cause sur ses effets et la relation fondée sur cette influence. Ces causes de l'acte touristique, nous les nommons «déterminantes» et «influentes». Parmi les premières, nous citerons en premier lieu le désir de s'évader afin de remplacer la liberté perdue en raison d'une intervention de l'Etat de plus en plus grande, la facilité de disposer de plus de «temps libre», j'entends celui-ci au sens du «loisir», français, en précisant qu'il faudrait le distinguer tant du travail que du simple divertissement, sans oublier la note de «sécurité» qui est indispensable et enfin l'élévation du niveau de vie. Quant aux facteurs «influentes», nous pouvons dire que le tourisme est un phénomène structurel déterminé par une série de facteurs géographiques, culturels et socio-économiques, paysage, monuments, désir de repos, recherche intellectuelle, recherche de contacts humains et sociaux des hommes d'aujourd'hui, sans aucune limitation.

S U M M A R Y

J. A. CASTRO FARIÑAS: *Sociological motivations of tourist travel.*

It is generally admitted opinion that the tourist act is a motivated act. The «motivation» or, if you wish, the «causality», signifies the influence of the cause over its effects and the relation founded on that influence. As far as the causes of the tourist act are concerned, we classify them as «determinants» or «influences». Among the first let us cite the desire for escape, as the primary cause, as a substitute for the liberty lost due to the everyday greater intervention of the State; the facility of having more free time, understanding this in the sense of the French word «loisir», pointing out that it is necessary to distinguish it from work as well as from a simple diversion, without forgetting the note of «security» which is indispensable, and, finally, the increase in the standard of living. As far as the «influencing» factors are concerned, we can say that tourism is a structural phenomenon conditioned by a series of geographical, natural, cultural and socio-economical factors: monuments, desire for rest, intellectual pursuit, attempts at human and social contacts on the part of the man of today, without any limitation.

ZUSAMMENFASSUNG

J. A. CASTRO FARIÑAS: *Soziologische Motivierungen der touristischen Reise.*

Es ist allgemein anerkannt, dass die Tatsache des Tourismus eine motivierte Tatsache ist. Die «Motivierung» oder, wenn man es so ausdrücken will, die «Kausalität» bedeutet den Einfluss der Ursache auf ihre Wirkungen und den auf diesem Einfluss begründeten Zusammenhang. Was die Ursachen der touristischen Tatsache anbetrifft, so bezeichnen wir sie als «bestimmend» und «beeinflussend». Unter den ersteren ist als Hauptursache der Wunsch nach einem Entweichen als Ersatz für die infolge der stetig wachsenden staatlichen Intervention verlorengegangene Freiheit zu nennen; ferner die Möglichkeit, über mehr Freizeit zu verfügen —wobei diese im Sinne des französischen «loisir» zu verstehen ist und sowohl von der Arbeit als auch von der einfachen Vergnügung unterschieden werden sollte, ohne dabei den Faktor der «Sicherheit» zu vergessen, der unerlässlich ist—, sowie schliesslich die Erhöhung des Lebensniveaus. Bezüglich der «beeinflussenden» Faktoren können wir sagen, dass der Fremdenverkehr ein strukturelles Phänomen ist, das durch eine Reihe natürlicher geographischer, kultureller und sozialökonomischer Faktoren bedingt wird: Landschaft, Kunstdenkmäler, Ruhebedürfnis, Suche nach intellektuellem Austausch sowie Verlangen nach humanen und sozialen Kontakten unter den Menschen von heute ohne jegliche Begrenzung.